

Romance por las malandanzas de la primavera

Bajo este sol aromático
que triza el agua, te encuentro
enarbolando en el sauce
tu jubiloso pañuelo.

Eres, locuela, muy niña,
te falta prudencia y seso;
te gusta perseguir pájaros
subiendo al nido con ellos;
andar descalza en el agua
o revolcarte en el trébol,
y ruborizas el alma
sencilla del duraznero.

No debes ser impetuosa,
porque haces mal sin saberlo.
Ayer, sin que lo notaras,
mientras subías al almendro,
te vi, placer agridulce,
tus muslos de luna y fuego.

Luego te hallé recostada
en la alfalfa del potrero.
Al verme, dijiste: ¡tonto!
alejándote corriendo.
Y cruzaste el alambrado
-pentagrama soñoliento que
al rozar tus pantorrillas
dejó en tu falda su trémulo...

Tu padre, con gris mirada,
envejecido y enfermo,
te amenazó con el báculo
y se quedó atrás, tosiendo.

¡No debes ser impetuosa,
porque haces mal, sin saberlo!